

de una serie de capítulos, se encuentra la conclusión de que lo que experimenta las sensaciones debe ser igualmente material; la Mettrie ignora cómo ocurre todo esto, pero, ¿por qué, según Locke, se ha de limitar la omnipotencia del Creador á causa de nuestra ignorancia? La memoria, la imaginación, las pasiones, etc., se declaran inmediatamente materiales. El capítulo, mucho más corto que los anteriores, acerca del alma racional, trata de la libertad, de la reflexión, del juicio, etc., de modo que conduce igualmente, en cuanto es posible, al materialismo, pero reservando esta conclusión al capítulo titulado: «La fe religiosa puede sólo confirmarnos en la hipótesis de un alma racional.» No obstante, este mismo capítulo tiene por objeto manifestarnos cómo la metafísica y la religión acaban por admitir un alma: la verdadera filosofía debe reconocer francamente que el incomparable sér engalanado con el hermoso nombre de alma la es desconocido; aquí la Mettrie cita las palabras de Voltaire: «Tengo cuerpo y pienso», haciendo observar con placer cómo Voltaire se burla de la argumentación de las escuelas destinadas á probar que ninguna materia puede pensar. Se lee con interés el último capítulo titulado: «Historias que prueban que todas las ideas vienen de los sentidos.» Un sordo mudo de Chartres, habiendo súbitamente recobrado el oído y aprendido á hablar, se encontró desprovisto de toda idea religiosa aunque en su juventud había sido educado en todas las ceremonias y prácticas devotas, y un ciego de nacimiento no vió inmediatamente después de la operación más que un montón confuso de colores sin lograr distinguir una bola de un dado de jugar; la Mettrie cita y aprecia con simpatía y conocimiento de causa el método de Amman relativo á la educación de los sordomudos; por el contrario, con la falta de crítica muy común en esta época, cuenta una serie de historias de hombres que se han vuelto salvajes y, según relatos muy exagerados, pinta al orangután como una

criatura casi enteramente semejante al hombre; su conclusión invariable es que el hombre no llega á ser realmente hombre más que gracias á las nociones comunicadas por los sentidos, que le dan lo que llamamos su alma; el desarrollo del espíritu no marcha jamás de dentro afuera.

Lo mismo que el autor de la *Correspondencia acerca de la esencia del alma* no deja de unir á Melanchthon á su sistema, así la Mettrie se remonta hasta el Padre de la Iglesia Arnobio y toma de su escrito *Adversus gentes* una hipótesis que ha llegado á ser quizá el prototipo del hombre estatua, que desempeña su papel en Diderot, Buffon y principalmente en Condillac: Supongamos que en un subterráneo débilmente iluminado donde no llega ningún ruido ni acción exterior alguna, un niño recién nacido recibe de una nodriza, siempre silenciosa, los cuidados estrictamente precisos y se le cría así, sin ningún conocimiento del mundo y de la vida humana, hasta la edad de veinte, treinta ó cuarenta años; si entonces á este hombre se le saca de su soledad y se le pregunta qué ha pensado en su aislamiento y cómo ha sido alimentado y educado, ni aun sabrá que los sonidos que se le dirigen significan alguna cosa; ¿dónde está, en tal momento, esa partícula inmortal de la divinidad? ¿dónde está el alma tan sabia y tan inteligente que va unida al cuerpo? (26). Como la estatua de Condillac, este sér, que no tiene de humano más que la forma y la organización física, habrá desde este instante, por el empleo de los sentidos, de experimentar sensaciones que se coordinaran insensiblemente y la instrucción hará el resto para darle un alma, cuya posibilidad sólo descansa en la organización física. Aunque Cabanis, discípulo de Condillac, haya eliminado con razón esta hipótesis antinatural, es preciso, no obstante, concederle algún valor cuando se ve que la teoría cartesiana de las ideas innatas se apoya en argumentos tan débiles. En conclusión, la Mettrie plantea las tesis que



siguen: «Si no hay sentidos no hay ideas.» «A menos sentidos, menos ideas.» «Poca instrucción, pocas ideas.» «Sin sensaciones no hay ideas.» Así continúa paso á paso hacia su objeto y termina con estas palabras: «por consecuencia, el alma depende esencialmente de los órganos del cuerpo, con los cuales se forma, crece y degenera: *ergo participem lethi quoque convenit esse*».

De otra manera procede en la obra donde ya en el título hace del hombre una máquina; si la *Historia natural del alma* fué hábil y circunspectamente coordinada, no llegando más que poco á poco á sus sorprendentes resultados, en esta otra obra la consecuencia final se enuncia desde el principio; si la *Historia natural del alma* se dignaba ocuparse de la metafísica de Aristóteles para mostrar que sólo es un vano molde que puede también encerrar un contenido materialista, aquí no se trata ya de ninguna de esas distinciones sutiles. En la cuestión de las formas substanciales, la Mettrie llega á refutarse á sí mismo, no porque haya cambiado de opinión en el fondo, sino con la esperanza de sustraer mejor su nombre á sus perseguidores, esforzándose en ocultarlo todo lo posible; así las dos obras difieren esencialmente en cuanto á la forma; la *Historia natural del alma* está regularmente dividida en capítulos y párrafos y *El Hombre-máquina*, por el contrario, se desarrolla como el curso de un río que jamás se interrumpe. Adornado de todas las flores de la retórica, este libro se esfuerza en persuadir tanto como en probar; está redactado con la convicción y la intención de hallar en las clases ilustradas una acogida favorable y de hacer una rápida propaganda; es una obra de polémica destinada á facilitar el camino á una teoría, no á probar un descubrimiento; la Mettrie no descuida al propio tiempo de apoyarse en la amplia base de las ciencias naturales; hechos é hipótesis, argumentos y reflexiones, todo está reunido para conducir al mismo objeto. Sea por proporcionar buena acogida á su obra, sea por ocultarse

todo lo posible, la Mettrie se la dedicó á Alberto de Haller y, esta dedicatoria, que Haller no quiso aceptar, fué causa de que el disgusto personal de estos dos hombres se mezclara en la cuestión científica; á pesar de ello la Mettrie reimprimió la dedicatoria, que consideraba como la obra maestra de su prosa, en las ediciones sucesivas; la dedicatoria contiene un elogio entusiasta del placer que procuran las ciencias y las artes.

La obra comienza declarando que no debe bastar á un sabio estudiar la naturaleza é inquirir la verdad; todos los sistemas de los filósofos relativos al alma humana se reducen á dos: el más antiguo es el materialista, el otro es el espiritualista; preguntar con Locke si la materia puede pensar, equivale á preguntar si la materia puede indicar las horas; la cuestión es saber si ella puede hacerlo en virtud de su propia naturaleza (27). Leibnitz con sus mónadas ha planteado una hipótesis ininteligible; «ha espiritualizado la materia en vez de materializar el alma». Descartes ha cometido la misma falta admitiendo dos substancias, como si él las hubiese visto y contado; los más prudentes han dicho que no puede reconocerse el alma más que á la luz de la fe; si entre tanto, como seres razonables, se reservan el derecho de examinar lo que la Sagrada Escritura entiende por la palabra espíritu, se ponen en contradicción con los teólogos, los cuales además están en contradicción consigo mismos; porque si hay un Dios y ha creado la naturaleza lo mismo que la revelación, nos ha dado la una para explicar la otra y la razón para ponerlas de acuerdo; la naturaleza y la revelación no pueden contradecirse sin que Dios sea un estafador; si existe, pues, una revelación, ésta no debe contradecir á la naturaleza.

Como ejemplo de objeción pueril hecha á esta argumentación, la Mettrie cita un pasaje del *Espectáculo de la naturaleza* del abate Pluche: «Es asombroso que un hombre que rebaja nuestra alma hasta el punto de hacer



de ella un alma de cieno (se trata de Locke), se atreva á constituir á la razón como juez soberano de los misterios de la fe; en efecto, ¿qué respetuosa idea tendrían del cristianismo siguiendo tal razón?» Este fútil género de polémica que, por desgracia, se emplea con frecuencia todavía contra el materialismo, lo combate con justicia la Mettrie; el valor de la razón no depende de la palabra «inmaterialidad», sino de los actos que realiza; si un «alma de cieno» descubre las relaciones y el encadenamiento de innumerables ideas, será evidentemente preferible á un alma lela y estúpida formada de los elementos más preciosos; avergonzarse con Plinio de nuestro miserable origen es indigno de un filósofo, porque precisamente lo que parece vulgar es aquí el hecho más maravilloso, en el cual la naturaleza ha desplegado mayor arte; aun cuando el hombre tuviera un origen más bajo todavía, no por eso dejará de ser el más noble de los seres; cuando el alma es pura, digna y elevada, es un alma hermosa y honra á quien está dotado de ella. En lo que concierne á la segunda reflexión de Piuche se podría decir también: «No hay que creer en el experimento de Torricelli, porque si proscribimos el *horror vacui*, ¿qué filosofía tendremos que valga la pena? (Esta comparación estaría mejor expresada así: no se puede precisar nada en la naturaleza por los resultados de la experiencia, porque de fiarse en los experimentos de Torricelli, ¿que extraña idea tendríamos del *horror vacui*!)»

La experiencia y la observación, dice la Mettrie, deben ser nuestros únicos guías; las hallamos en los médicos que han sido filósofos, pero no en los filósofos que no fueron médicos; sólo los médicos, que estudian tranquilamente el alma en su grandeza como en sus miserias, tienen derecho de hablar aquí; en efecto, ¿qué nos enseñan los demás y particularmente los teólogos? ¿no es risible oírles decir descaradamente acerca de un objeto que jamás han conocido, del cual están alejados por sus estu-

dios, por su obscurantismo, causa de mil preocupaciones, y, en una palabra, por su fanatismo que les hace ignorar lo que es el mecanismo del cuerpo? Aquí la Mettrie incurre en una petición de principio del mismo género del que acusa con justicia á sus adversarios; los teólogos tienen ocasión también de conocer el alma humana por experiencia y, la distinción respecto á su valor, no estriba más que en una diferencia de método y en las categorías con las cuales la experiencia está relacionada.

El hombre es, como añade la Mettrie, una máquina construida de tal modo que es imposible *a priori* formarse una idea exacta de ella; son de admirar, aun en sus ensayos infructuosos, los grandes genios que han emprendido aunque en vano esta tarea: Descartes, Malebranche, Leibnitz y Wolff; pero es menester penetrar por un camino muy diferente al que ellos han seguido; sólo *a posteriori*, partiendo de la experiencia y del estudio de los órganos corporales, es como se puede obtener, si no la certidumbre, por lo menos el más alto grado de probabilidad; los diversos temperamentos, fundados en causas físicas, determinan el carácter del hombre; en las enfermedades, el alma tan pronto se obscurece como parece multiplicarse ó desvanecerse en la imbecilidad; la curación hace de un loco un hombre de buen sentido; á menudo el genio más grande se vuelve idiota y desaparecen los preciosos conocimientos adquiridos con tantas dificultades; tal enfermo pregunta si su pierna está en su cama, tal otro cree tener el brazo que ya le han amputado; el uno llora como un niño al acercarse la muerte y el otro se complace en ella; ¿qué hubiera sido menester para trocar en pusilanimidad la intrepidez de Cayo Julio, Séneca y Petronio?... una obstrucción del bazo, del hígado ó de la vena porta; en efecto, la imaginación está en relación estrecha con esas vísceras de donde nacen los extraños fenómenos de la hipocondría y de la histeria; ¿qué decir de aquellos que se creen metamorfoseados en trasgos y en



vampiros ó creen que su nariz y otros miembros son de cristal? La Mettrie pasa después á los efectos del sueño y describe el influjo que ejercen en el alma el opio, el vino y el café; un ejército, al que se le da bebidas fuertes, se precipita atrevidamente sobre el enemigo delante del cual hubiese huído si no hubiese bebido más que agua; una buena comida produce un efecto excitante; la nación inglesa que come carne medio cruda y sangrienta, parece deber á esta alimentación cierto salvajismo contra el cual sólo puede reaccionar la educación; este salvajismo produce en el alma la fiereza, el odio, el desprecio á las demás naciones, la indocilidad y otros defectos de carácter, como una alimentación copiosa hace al espíritu pesado y perezoso.

Examina luego la influencia del hambre, de la abstinencia, del clima, etc.; pone á contribución la fisiognomía y la anatomía comparada; si no se encuentra degeneración del cerebro en todas las enfermedades mentales, el desorden lo producirá (28) la condensación ú otros cambios de las partes más pequeñas; «casi nada, una fibra diminuta, una cosa cualquiera que no es posible descubrir por la anatomía más sutil, hubiera hecho dos idiotas de Erasmo y Fontenelle». Es una idea propia de la Mettrie la posibilidad de que llegue un día en que se haga hablar al mono (a) y extender así la cultura humana á una parte del reino animal; compara al mono á un sordomudo, y, como es particularmente entusiasta del método relativo á la instrucción de los sordomudos recién inventado por Amman, desea poseer un mono inteligente para hacer

(a) Buffon ha dicho: «El mono hablando hubiese hecho enmudecer de admiración á la especie humana, y asombraría hasta el punto de que á los filósofos les habría costado gran trabajo demostrar que con tan excelentes atributos humanos el mono no era ni más ni menos que una bestia; es, pues, una suerte para nuestra inteligencia que la naturaleza haya separado y puesto en dos especies distintas la imitación de la palabra y de nuestros gestos.» (*Nota de Pommerol.*)

ensayos acerca de su educabilidad; ¿qué era el hombre, dice, antes de la invención de la palabra y el conocimiento del lenguaje?... un animal de esa especie con mucho menos instinto que los demás, diferenciándose de ellos sólo por su fisonomía y las nociones intuitivas de Leibnitz; los hombres mejor dotados, los mejor organizados, imaginaron los signos é instruyeron á los otros como nosotros adiestramos á los animales.

Lo mismo que una cuerda de piano vibra y produce un sonido por el movimiento de las teclas, así las fibras del cerebro, heridas por las sensaciones del sonido, producen las palabras; pero cuando se dan signos de diferentes cosas, el cerebro comienza á compararlos y á tener en cuenta sus relaciones, con la misma necesidad que adapta el ojo bien organizado para ver; la analogía de diferentes objetos nos lleva á reunirlos y por consecuencia á contarlos; todas nuestras ideas están íntimamente ligadas á la representación de las palabras ó signos correspondientes. Todo lo que pasa en el alma puede reducirse á la actividad de la imaginación; quien tiene más imaginación debe ser considerado como la inteligencia más grande; no se sabría decir si la naturaleza ha gastado más en formar un Newton que un Corneille, un Aristóteles que un Sófocles, pero se puede asegurar que ambos géneros de talento no designan más que direcciones diversas en el empleo de la imaginación; por consecuencia, cuando se dice que uno tiene mucha imaginación y poco juicio, se entiende que en él la imaginación se dirige particularmente á la reproducción y no á la comparación de las sensaciones. El primer mérito del hombre es su organización; no sería natural reprimir un modesto orgullo fundado en la posesión de ventajas reales, pues todas las ventajas, cualquiera que sea su origen, merecen ser apreciadas, pero es preciso saberlas estimar en su justo valor; el ingenio, la belleza, la opulencia y la nobleza, aunque hijos del azar, tienen su precio tanto como la habilidad, la ciencia y la virtud.



Decir que el hombre se distingue de los animales por una ley natural que le enseña á discernir el bien del mal, es una ilusión, porque la misma ley existe entre los animales; por ejemplo, sabemos que después de las malas acciones sentimos arrepentimiento, y que á los demás hombres les ocurre otro tanto debemos creerlo cuando lo afirman, ó inferirlo de ciertos indicios que en nosotros mismos encontramos en casos semejantes; pues esos mismos indicios los vemos igualmente en los animales; cuando un perro ha mordido á su amo y éste le castiga, de allí á poco vemos al perro triste, abatido y asustado, y en una actitud humilde reconoce su falta; la historia ha conservado el hecho célebre de un león que no quiso despedazar á su bienhechor, mostrándose reconocido en medio de hombres sanguinarios. La Mettrie deduce de todo esto que los hombres están formados de la misma materia que los animales. La ley moral existe hasta en las personas que por una monomanía enfermiza violan, asesinan ó en el exceso del hambre devoran á los seres que les son más queridos; debieran entregarse á los médicos á esos desgraciados que están bastante castigados con sus remordimientos, en vez de quemarlos ó enterrarlos vivos como hemos visto que se hace; las buenas acciones van acompañadas de tal placer que el ser perverso es ya por sí mismo un castigo. Aquí la Mettrie intercala en su argumentación un pensamiento que quizá no esté estrictamente en su lugar, pero que encaja perfectamente en su sistema y recuerda á J. J. Rousseau: «Todos estamos creados para ser dichosos; nuestro primitivo destino no es ser sabios, pero llegamos á serlo abusando, por decirlo así, de nuestras facultades.» No olvidemos, á propósito de esto, echar una ojeada á la cronología; *El hombre-máquina* se escribió en 1747, publicándose al principio de 1748, y el académico de Dijon sacó á concurso en 1749 la célebre cuestión que valió un premio á Rousseau en 1750; por lo demás, la experiencia del pasado no nos garantiza de que

esta pequeña circunstancia que acabamos de apuntar impidiese, cambiando el caso, que se censurara á la Mettrie de haberse adornado con los pensamientos de Rousseau.

La esencia de la ley moral, ha dicho más adelante, reside en esta máxima: No hagas á otro lo que no quieras que te hagan á ti; pero quizá esta ley no tenga por base más que un temor saludable; respetamos la vida y la propiedad ajena por conservar la propia, lo mismo que los «Ixión del cristianismo» aman á Dios y abrazan tantas quiméricas virtudes únicamente por temor al infierno; las armas del fanatismo podrán aniquilar á los que enseñan estas verdades, pero jamás á esas verdades mismas. La Mettrie no quiere anular la existencia de un sér supremo; todas las probabilidades hablan en favor de dicha existencia, pero esto no prueba, más que toda otra existencia, la necesidad de un culto; es una verdad teórica sin utilidad práctica alguna, y como innumerables ejemplos demuestran que la religión no lleva la moralidad consigo, se puede también deducir que el ateísmo no excluye la moralidad; es cosa indiferente para nuestro reposo saber si hay Dios ó no le hay, si ha creado la materia ó si ésta es eterna; ¡qué locura atormentarse por cosas cuyo conocimiento es imposible! ¿seríamos más dichosos si pudiéramos saberlo? Se me remite á los escritos de los apologistas célebres; pero ¿qué contienen sino fastidiosas repeticiones que más sirven para confirmar el ateísmo que para combatirlo?

Los adversarios del ateísmo dan gran valor á la finalidad del universo; aquí la Mettrie cita á Diderot que en sus *Pensamientos filosóficos* (29), publicados poco tiempo antes, afirmaba que se podía refutar al ateo con sólo el ala de una mariposa ó el ojo de una mosca, tanto más cuanto que se tiene todo el peso del universo para aplastarle; la Mettrie replica que no conocemos bastante las causas que obran en la naturaleza para que podamos



negar que todo lo produce por sí misma; el pólipo cortado en varios trozos por Trembley (30), ¿no tiene en sí mismo las causas de su reproducción? Sólo la ignorancia de las fuerzas naturales nos hace recurrir á Dios que, según ciertas gentes (la Mettrie mismo en su *Historia natural del alma*) no es ni un ser de razón; destruir al azar no es tampoco demostrar la existencia de Dios, porque puede muy bien existir algo que no sea Dios ni el azar y que produzca las cosas tales como son, á saber, la naturaleza; lejos, pues, de aplastar á un ateo «el peso del universo» ni aun le conmemorará, y todas esas demostraciones de un creador mil veces refutadas no satisfacen más que á gentes de juicio precipitado á las cuales los naturalistas pueden oponer otros tantos argumentos en contra: «He aquí, dice la Mettrie, el pro y el contra; en cuanto á mí, no me declaro en favor de ningún partido»; pero se ve con bastante claridad á qué partido se afilia; en efecto, poco después refiere que ha participado todas estas ideas á un amigo, á un escéptico (pirronista) como él, hombre de mucho mérito y digno de mejor suerte; este amigo le responde que es antifilosófico preocuparse de cosas que no pueden explicarse y que los hombres no serán nunca dichosos si no son ateos; he aquí la argumentación de este «hombre abominable»: «Si el ateísmo se extendiese universalmente, se arrancaría de raíz el árbol de la religión; desde ese momento nada de guerras teológicas, nada de soldados de la religión, de esos soldados tan terribles; la naturaleza, hasta entonces infectada del veneno sagrado, recobraría sus derechos y su pureza; sordos á toda otra voz, los hombres seguirían sus inclinaciones individuales, que sólo pueden conducir á la felicidad por las atractivas sendas de la virtud.» El amigo de la Mettrie sólo ha olvidado un punto, y es que la religión misma, abstracción hecha de toda revelación, debe corresponder también á una de las inclinaciones naturales del hombre, y, si la religión lleva consigo todos los males, no se ve cómo las de-

más inclinaciones, que emanan de la misma naturaleza, pueden hacernos dichosos; esto no es una consecuencia, sino una inconsecuencia del sistema que viene á dar en conclusiones destructoras.

La Mettrie habla de la inmortalidad como ha hablado de la idea de Dios; sin embargo, se complace evidentemente en considerarla como posible; hasta la más avisada de las orugas, dice, no ha sabido jamás que ha de concluir por convertirse en mariposa; no conocemos más que una débil parte de la naturaleza, y, como nuestra materia es eterna, ignoramos lo que podrá llegar á ser; aquí nuestra felicidad depende de nuestra ignorancia; quien piense así será sabio y justo, y, tranquilo acerca de su destino, le alcanzará la muerte sin temerla ni desearla. Está fuera de duda que la Mettrie se interesaba únicamente de este lado negativo de la conclusión aunque, según costumbre suya, lleva á sus lectores á ella al través de mil rodeos; no halla contradictoria en modo alguno la idea de una máquina inmortal, pero no es por asegurarse la inmortalidad, sino porque la existencia de su máquina sea independiente de toda hipótesis; cierto que no se ve muy bien cómo la Mettrie ha podido llegar á imaginarse la inmortalidad de tal máquina, pues, aparte de la comparación con la oruga, no hace indicación alguna respecto á tal cosa y, probablemente, sería muy difícil dársela.

No sólo la Mettrie no encuentra el principio de la vida en el alma (que no es para él más que la conciencia material), ni aun la encuentra en el conjunto, sino en las partes del organismo tomadas una á una; cada pequeña fibra del cuerpo organizado se mueve en virtud de un principio que le es inherente; para probarlo, ha recurrido á los argumentos que siguen:

1.º La carne de los animales palpita aun después de la muerte, tanto más largo tiempo cuanto es el animal de de naturaleza más fría (tortugas, lagartos, serpientes, etcétera).